

INTI: Revista de literatura hispánica

Number 95
*Volumen 1, 95 (2022): Paradigmas de la
Actualidad Poética*

Article 28

2022

El accidente

Renzo Porcile

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Porcile, Renzo (August 2023) "El accidente," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 95, Article 28.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss95/28>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

El Accidente

Renzo Porcile

*he had (the) duct appellative
identity that I didn't*

Glenn Gould

Salgo del agua con la urgencia de los que deben volver. Decidí que escribirlo sería mi único punto de partida, y que lo llevaría hasta sus últimas consecuencias. Puesto de este modo el resultado podría ser heroico, al menos acariciable. Digo que el resultado podría llenar los abismos de un café a las 5 o a las 6, obligar a los amigos que llegan de visita a superar el tema repetitivo de la transferencia y la contratransferencia, y que nos llega en la forma de pequeños avatares. Pero no, nada de eso parece ni tan solo probable, y es confinado al espacio de los entretelones donde todo es posibilidad, pero esa posibilidad pronto es negada por lo que antes era un salto de punta de diamante y hoy tiene su equivalente metafísico, penetrando en la conversación porque alguien más así lo quiso. E incluso podría ser que de un momento a otro estemos hablando los tres, y entonces pienso si es que evadimos el tema o lo infiltramos en un extraño acuerdo rozando sus contornos inmanentes. De pronto el tema está ahí, y transita como humo haciendo un extraño hueco en la perspectiva, irrumpiendo tórpemente en la escena como

el muerto de San Romano solo que no lo dejamos ahí tirado pero tampoco nos preguntamos por él.

Digo que el resultado nos acecha y nosotros mismos queremos ser acechados. Esta dinámica te puede parecer absurda, y no voy a condenarte por señalar su sintaxis contradictoria. Ni siquiera por apropiarte de esos sentimientos, pensando que solo eres capaz de meterte en la piel del lobo vistiendo literalmente al animal y haciendo lo que llaman tu propio canto de cisne. Los sentimientos desaparecen a medida que intento hablar de ellos, y eso explicaría que el tema se prolongue hasta muy entrada la noche y sin embargo termine en nada, momento en que nos levantamos con el arquetipo de una excusa que no acaba de desarrollarse y el taxi ya en la puerta. Podrías pensar que todo esfuerzo llevado hasta ese límite es una pérdida de tiempo y que no tiene sentido decir una palabra más, pero algo vendrá en respuesta incluso si lo que quiero es que sepas que te entiendo perfectamente, lo que sugiere que estamos a la espera de ese algo y no precisamente del encadenamiento de las guerras.

No trato de reemplazar un absurdo por otro; ese pragmatismo no es una trampa para enfrentarnos al infinito de una realidad cotidiana. Intuimos la extensión de esa realidad formándose en intervalos que son una magnitud de nuestra propia vida útil, pero en ningún caso es irrevocable: un *pars pro toto*. Podemos probar una mejor conceptualización del futuro, pero ese hacerlo retroceder un paso no nos salvará aunque nos entregue un instante de alivio. (Ok, la guerra marca una ruptura con lo inmediato, su suspensión, pero el tema es naturalista solo en modo superficial, no es un inventario de los hechos.) La naturaleza elusiva de este predicado parece terrible ahora que piensas en todas las personas que hemos dejado de ver, pero es menos que eso. O podría serlo si quisieras, considerando que la luz, inestable y fugitiva, es finalmente una causalidad irredimible, y que bien estamos acostumbrados a una falsa musculatura de las cosas

cuando todo —y esto incluye a nuestros amigos— es una reviviscencia de sí, su logaritmo de realidad.

He negado muchas cosas, y es suficiente para que creas que tengo una teoría. El tema no está en cuestión, el tema es que mi teoría desdice todo lo que en el fondo quiero decir. Y voy a detenerme en esto un momento. Es algo parecido a la risa contagiosa o al inexplicable horror a los cigarrillos.

Quedémonos con la risa para ilustrar este punto. Entramos a un salón hipotético lleno de rostros colocados ahí con la única función de representar una multitud que en casi todo es genérica, un escorzo de las cosas, en el mejor de los casos un espacio verbal. Habitan el espacio verbal en el que intempestivamente ingresamos y una frase nos pone en el spotlight.

Ahora parece experimentar eso de que la procesión va por dentro, abandonado a tu suerte en el salón que construiste con los recuerdos que quedaron fuera. Esta oposición exterior-interior bien podría ser el chiste que interrumpimos al momento de nuestra llegada, y es aquí donde cualquier ejemplo basta. No importa el ejemplo, solo alcanzamos a oír sus ecos cuya naturaleza insuficiente, en todo caso fragmentaria, es consustancial a nosotros.

¿Entonces qué esperas que diga que pueda resolver ese miedo a solo reír cuando la expresión de los demás parece tragárselo todo? Si tu pregunta a continuación es qué todo, toma el caso del cigarrillo: hemos sido sorprendidos por el fuego en mitad de la floresta.

Tu no aparición con grogera fue un escándalo mas alimentando las arcas vacías de la contrarreforma. Lo otro no es fácilmente descriptible, pero va más o menos así. Tu madre, la madame, viste un sombrero de aeromosa señalado con velatura y que sostiene su dignidad finisecular. No podemos decir lo mismo de tu tío el cardenal, sentado a la moda de un Niño de Guevara pero sin los reflujos del manierismo veneciano, y cuya correspondencia con tus ojos solo es interrumpida cuando el algoritmo decide,

en algún punto de la deliveración, que tú debías aparecer sobre tu derecha suspendido en un infinito gesto de estupor. El fondo es básicamente el mismo: ves las hojas caer del árbol, pero aquí no existen parques. Es la luz que alisa el fondo y lo reduce a un poco más que nada, la cinética elegancia de un calypso. Si la frase del árbol te hizo reír es porque adviertes la tensión que se crea al designar un espacio radicalizado por el contrato social y una simple variación capaz de volverlo un apocalipsis. De modo que cualquier fondo es una arbitrariedad: el espíritu borra lo que la mano anuncia.

Un sonido de hervidor como una lengua antigua te sustrae de lo eviterno que tiene la noche y no hay argumento posible para sumergirte nuevamente en la conversación. Lo normal es que pasaras a retirarte dejando que el vals dé un par de vueltas en la sala pero te has decidido, según tú, por el estoicismo. Ensayas un acercamiento sistémico, demasiado frío, y no funciona. La guerra no es más una pieza intercambiable y otra broma te pondría en evidencia (otra vez). Quedas en silencio y te asalta la pregunta de si el sexo sería menos problemático concebido originalmente como una fugaz intersección de biografías y no como un conjunto de variables que fluctúan demasiado rápido. Los gestos se confunden entre gestos intermedios matizados por la respiración, y por primera vez nos incomoda el lugar de demiurgos. ¿De qué? ¿O de qué a qué? Por eso es problemático, su vectorialidad, aquello que por defecto presupone la existencia de un espacio más o menos estructurado, es inabarcable. No hay un gesto que desencadene otro, en el mejor caso hay esfuerzos interrumpidos de codificación (supongo que el plac del hervidor gatilló esta imagen), pero ese solipsismo de nuestros pocos amigos y su aburrida mitología personal nos dice que —y esto es lo paradójico— no existe un pelotón de fusilamiento pero todos parecen siempre salir heridos. Digo parecen, porque la secuencia se repite ad infinitum incluso cuando ocurre un largo periodo de paz y las instituciones establecidas son, al menos por un tiempo, suficientes.

Resulta igualmente extraño que no haya reaparecido la cuestión de la demarcación territorial, especialmente cuando la autolaceración metaforizada en urbanismo contradice en nada el prestigio de la realidad. Tampoco explica por qué volvemos siempre a lo mismo y menos por qué somos capaces de sorprendernos cada vez, de modo que una siguiente venida está de saque asegurada. ¿El cuerpo es un territorio? ¿Un espacio somatizado?, quiero decir. La respuesta obvia es que sí, pero es su poder cuántico, su olbicidad, lo que impide que permanezcamos unas horas más frente a frente esperando que alguno de nosotros, o de ellos, haga un movimiento no calculado posible de desestabilizar este núcleo sin centro aparente. Un todo reducido a nada; así de estúpido es creer que podemos guardar un secreto. La respuesta no tan obvia es que el look topológico de la pregunta le imprime un carácter sincrónico en la teoría, pero en la práctica es mucho más complejo que eso. El lugar ha sido establecido, pero nos quedamos con que el vacío será eventualmente llenado y la tranquilidad que nos proporciona solo admite que el cuerpo tiene de espacio político lo mismo que de pérdida y de capitulación. Claro, podrías pensar en algunas excepciones a esto, como nuestras conversaciones sobre tus viajes, pero incluso cuando parece que al fin logramos configurar un instante de inofensiva banalidad, las palabras en proceso de deformación nos obligaron a un nuevo ejercicio de aproximación conjetural.

Quizá te parezca un exceso de paranoia, pero yo quisiera preguntarte si no fue el miedo lo que nos trajo arrastrándonos hasta aquí. Hasta este punto, en que el decorado dejó de ser un presente experimentable y se volvió una versión paralizada de ese presente, con la excepción de un pequeño grupo de acciones en su interior que ya no dice lo que hay que entender por X acontecimiento, sino que se limita a dar testimonio de su presencia. Entonces nuestros amigos nos felicitaron por cosas que no tienen el menor interés y nosotros aprobamos con un juicio fugaz recibido en bloque como una lluvia ácida que dura lo que dura otra visita al supermercado. Esa tensión parece decirnos

algo sobre nuestra soledad, pero no explica que entre ese nosotros & ellos (con i corporativa) se instalara un extraño plural donde todo movimiento se hizo excesivamente presente: la sombra de los demonios de la complejidad.

La condesa debe estar haciendo sus maletas, tiene el rostro desencajado y quiere mostrarnos un seno. Me he permitido algunos nombres propios y eso también es parte del problema. Este pasar y repasar los eventos buscando vasos comunicantes nos obligó a deshacer los cánones o quizá a tomarlos demasiado en serio, y desható un flujo de pensamiento en que la palidez de los rostros inventariados de la familia real pudo ser el feliz aterrizaje sobre un nuevo intento de suficiencia. Su triunfalismo los acusa y los deposita en una deriva eterna, distanciados de todo cuanto existe por una luz que en nada es caravaggiesca. Esto es que no logra privatizar las palabras sino que aprehende la totalidad del cuadro y lo vuelve una fantasmagoría. Su hieratismo no impide la sensación de que hemos llegado tarde a la fiesta y que todos saben perfectamente algo que a los dos se nos escapa. ¿Por qué alargan los brazos y nos besan en los labios? ¿Por qué nos entregan la oscuridad del cuarto donde un muchacho con cabello largo duerme? ¿Dónde está la reina del cumpleaños?

El accidente se nutre de nuestro propio asombro y cualquier tipo de contraargumentación sería francamente inútil. Arde el árbol genealógico y con él todo lo que ha sido formulado hasta hoy para explicar una tarea llevada a cabo por años, especialmente durante los meses de lluvia. Todo esto, el árbol, el fuego, el agua es solo el comienzo, pero temo que el artefacto llegue a ti con una desfase: demasiado cargado de imágenes de humor involuntario. Las formas anteriores (el triángulo que se dibuja cuando apoyas tu cabeza en el hombro de la condesa, por ejemplo) son solo el continente de movimientos coreografiados que componen

una realidad repartida, inicialmente,
en volúmenes irreconciliables. Es todo lo que
tiene de aparente, su estrecha relación con Dios.

Mírame solo ahora, representando un personaje
imprescindible para esconder lo que nadie busca
en mí: un policías y ladrones de la subjetividad.
He vuelto a visitar antiguos espacios que prohibimos
por mutuo acuerdo aún cuando dijimos que no
nos prohibiríamos nada, y entiendo que no podré
sacar nuevas conclusiones de un mismo relato,
pero son las uniones, este intercambio de regalos
entre trozos de data, lo que me interesa.
Especialmente los tuyos. Los míos son unívocos,
versiones ligeramente distintas de un evento
tipificado que se repite infinitamente y,
en su repetición, va deformándose desde la periferia,
de modo que cada visión del cataclismo deshata
un sentimiento de rareza antes de comprobar
que en efecto se trata de lo mismo. No hablo
exclusivamente de los sueños, aunque este
fenómeno ocurra normalmente en las primeras
horas de la mañana. Ocurre todo el tiempo,
incluso ahora mismo, y es así como la estructura
sobre la cual desplegamos nuestros museos de
figuras de cera se tambalea, y las coordenadas
cambian inadvertidamente sobre ellas mismas
asentando el cromatismo y su desplazamiento
hacia inevitables lugares de abstracción.
Los tuyos son menos exactos y eso también
es parte del problema. Introduces las palabras
en diminutos androides que obedecen todo
lo que dices, pero al cabo de un tiempo la forma
exterior desfallece y lo que tú pensaste que podría
herirme y lo que yo pensé que podría herirme
quedó reducido a un guarismo extraviado en
algún tramo de la red adversarial, un pretexto
para irnos a dormir temprano
antes de que todo empiece otra vez.

El accidente se prolongó durante unos meses más
e hicimos todo lo que pudimos para corregir un par
de errores y retrasar nuestra cita con la destrucción.
Lo que aquí parece llegar a su fin es un todo de caos
que nacerá con el solsticio luego de que las cosas

se hayan tranquilizado, y tal vez podamos salir a comer algo al restaurante chino, demasiado débiles aún como para llenarnos de más cosas, así que lo pediremos para llevar y eso también nos estará esperando. El sistema ejecutará nuevos y mejores procesos de autenticación, pero tú y yo estaremos lejos y les será imposible medir la magnitud del daño, porque la conclusión es que no hay conclusión. Bajo el chorro pensé que ése sería mi imperativo de generación aleatoria, pero de ti dependerá que los días no se oscurezcan mientras esperamos juntos las buenas noticias caer del cielo como las rosas de Heliogábalo.

Setiembre de 2021